

EL ECO DEL ÁGUEDA.

REVISTA SEMANAL ARTÍSTICO-LITERARIA.

DIRECTOR

PIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

EDITOR PROPIETARIO: ANGEL CUADRADO.

REDACCION, ADMINISTRACION E IMPRENTA PLAZA MAYOR, NÚMERO 20.

EN CIUDAD-RODRIGO UN TRIMESTRE 6 RS., FUERA 7 IDEM, SEIS MESES 12 IDEM, UN AÑO 22 IDEM.

SUMARIO.—I. *La honradez*, F. Gomez Carabias.—II. *La coqueta*, Concepcion Gimeno.—III. *A los pies de usted*, F. de Ormachea.—IV. *Amor y olvido*, Emilio Gonzalez del Valle.—V. *Rimas*, Antonio Jimenez Verdejo.—Noticias.—ANUNCIOS.

LITERATURA.

LA HONRADEZ.

Una de las causas que han perturbado la paz de las sociedades y tal vez, más principalmente, de la actual, es, en mi pobre juicio, la falta de práctica de esta virtud, por decirlo así, *cívico-religiosa*: la honradez. Si todos fuéramos probos y honrados, no diré que fuésemos felices en medio de las miserias que nos rodean y que son inherentes a nuestra naturaleza: pero sí que mitigáramos mucho nuestra desgracia, y lo que llamamos propiamente valle de lágrimas se convertiría en valle ameno de paz y de ventura, aunque no de completa felicidad. Aquella virtud, bien practicada, no haría desaparecer el dolor y la angustia en que vivimos: pero sí la inquietud y sobresalto, que nos causa la necesidad, que tenemos de vivir con nuestros semejantes. Si fuéramos todos probos y honrados, los jefes y gobernantes de esas sociedades parciales, escuelas de la sociedad universal del género humano, no se verían libres de las enfermedades que les son naturales: pero reinaría la tranquilidad en su corazón; el rico propietario, y el opulento banquero no estarían exentos del dolor y de los ayes de su cuerpo, pero el sosiego les acompañaría donde quiera; el labrador y el industrial se sentirían inundados del sudor de su trabajo: pero se verían refrigerados con el suave rocío de una imperturbable quietud; el pordiosero y el mendigo no disfrutarían los goces que produce la satisfaccion de la sed, la desnudez y el hambre, pero con todo disfrutarían de una

paz inalterable; el que tiene mucho, el que está en una medianía, el de última esfera, el seglar y el eclesiástico, el joven y el anciano, la mujer y el hombre, el sano y el enfermo, todos, en fin, participaríamos, sí, del anatema fulminado por el Criador contra el hombre: pero eludiríamos, por decirlo así, una de sus consecuencias, y la tranquilidad, el sosiego, la quietud y la paz templarían los otros dolores, que no está en nuestra mano evitar y sacudir fuera de nosotros. Esto es indudable, es evidente. Pues entonces pregunto yo: ¿en qué consiste que apeteciendo todos, por naturaleza, el bien en todo ó en parte, renunciemos al no pequeño, que nos ofrece la honradez? Opino que esto procede de una aberracion del entendimiento, que nos hace separar lo *honesto* y lo *útil*, y desde el momento en que la audacia y el error llegan a separar estas dos cosas, que la naturaleza ha unido se abre la puerta a todo género de injusticias y de crímenes. Hay muchos casos en que lo *útil* parece opuesto a lo *honesto* y entonces es preciso aquilatar si aquella oposicion es real ó nada más que aparente; si lo primero, lo útil no es verdaderamente tal y la honradez no puede admitir lo que se cree útil, no siéndolo; y si lo segundo lo útil es admisible para todo hombre honrado. Además, apelemos a la razon natural y ella nos dirá: que el hombre de bien, el hombre honrado no puede, por su propio interés, mentir, calumniar, suplantar ni engañar. ¿Qué, ni quien podrá indemnizarnos del sacrificio que hacemos de nuestra reputacion si usamos y nos valemos de la mentira, de la calumnia, del fraude y del engaño, para obtener lo que creemos útil? Por una sombra de utilidad nos exponemos a renunciar

á la equidad y buena fé, y esto equivaldrá á dejar de ser hombre, porque ¿qué importa, entonces, que tengamos la figura humana, si en nuestra alma no hay más que la fiereza de la bestia? De intento no he querido valirme de ninguna prueba religiosa para ensalzar una virtud tan importante, como es la honradez; porque en un siglo en que la religion es tenida por nada ó por muy poco, nada ó muy poco tambien obtendria de algunos entendimientos mal avenidos con las luces que despiende en esta materia ese faro luminoso; y por más que es indudable que las incertidumbres en que, no pocas veces, puede dejarnos la razon humana, se pudieran destruir fácilmente con las armas que nos suministra la revelacion divina, no quiero usar de estas para mi objeto y me contentaré tan solo con aducir la autoridad de Ciceron, que pagano y todo, como era, sabia distinguir perfectamente lo *útil* y lo *honesto*. Supongamos que se encuentra uno en el caso de perecer ó hacer perecer á otro; supongamos un naufragio en que hallamos agarrada de una tabla á una persona, que no tiene fuerzas para impedir que se la quitemos y de este modo obtener nuestra salvacion en aquel terrible peligro; ó la derrota de un ejército y que en la huida hallamos á un hombre herido gravemente sobre su caballo, ¿cojeremos á aquel la tabla ó á este el caballo para salir de tamaño apuro? Nada de eso, dice Ciceron, siempre que consultemos tan solo á la justicia. Efectivamente, si nos acordamos aquí, como honrados, de aquella máxima fundamental, que nos prohíbe hacer con otros lo que no quisiéramos que se hiciese con nosotros mismos: *Quod tibi non vis fieri, alteri non feceris*, no obraríamos sino como Ciceron piensa y de otro modo, siendo cristianos, nos pondríamos muy por bajo de un pagano, que aunque de grande entendimiento, carecía de la luz del Evangelio. Para formar un cristiano ó serlo realmente, es menester añadir mucho á la moral de Ciceron: pero tratándose del hombre de bien, él resume casi en un solo pensamiento cuanto se puede decir y se necesita saber para ser un hombre honrado. Con la justicia vive la honradez, ó mejor dicho, no hay honradez donde no existe la justicia.

Ahora bien, si el hombre honrado es el que hace todo el bien que puede y ningun mal á otros, sino en justa defensa; si lo verdaderamente útil para el hombre honrado es solo lo verdaderamente justo; si la mentira, la calumnia, el fraude y el engaño deben ser completamente desconocidos del hombre honrado; si la justicia es todo en la verdadera honradez, en una sociedad de hombres de este género ¿podrá menos de reinar la tranquilidad, la quietud, el

sosiego y la paz, ya públicas ya domésticas? ¿Por qué, pues, no somos todos honrados? La falta de honradez nos hace ver en cada hombre la funesta sombra de un monstruo dispuesto á devorar nuestra fortuna, nuestra honra, nuestra libertad y nuestra misma vida; la falta de esa virtud social y cristiana nos hace vivir en continuo sobresalto, nos arrebatamos el bien más grande, que es la paz, y en la balanza de nuestros bienes y de nuestros males hace que el platillo de estos se hunda en insondable abismo.

F. GOMEZ CARABIAS.

LA COQUETA.

Es muy justo que al ocuparnos de la coqueta, hagamos una definicion del coquetismo y la coquetería.

La coquetería y el coquetismo, son tan incompatibles como la verdad y el engaño, la hipocresía y la sinceridad, lo espontáneo y lo violento, la malicia y el candor.

La coquetería es instintiva, natural, el coquetismo estudiado, artificial.

Frecuentemente vemos trocar las palabras coquetería y coquetismo, cual si fuesen voces sinónimas, á pesar de que una y otra expresan ideas muy divergentes.

La coquetería es innata en la mujer; consiste en el deseo de parecer amable, dulce, cariñosa, complaciente y simpática; la coquetería es el profundo conocimiento del arte de agradar.

El deseo de agradar, encerrado en sus justos límites, no debe censurarse como se hace de ordinario: el deseo de agradar nos hace ocultar defectos, adquirir cualidades, reprimir nuestros fuertes impetuosos, sofocar nuestras pasiones y presentarnos con elegante distincion respetando las fórmulas exigidas por la urbanidad y las conveniencias sociales.

El deseo de agradar es inherente á la niña, la joven y la anciana.

La coquetería es sencilla: no admite cálculo ni reflexion; se ostenta inconscientemente, lo mismo en la aldea que en la capital: no puede confundirse con el arte, pues se conoce en la natural animacion que dá al semblante, en la soltura y gracia que presta á los modales. Coquetería que se hace encantadora por su inocencia; coquetería que no se propone nada, que á nada aspira, que es ingénita en la mujer, y que no muere jamás.

El coquetismo es el ardiente anhelo de inspirar muchas afecciones sin corresponder á ninguna, el deseo voraz de conmovier los corazones sin responder á esas conmociones siquiera con un latido.

La coqueta dice con Ninon de Lendós, que la constancia es el recurso de las feas, que las personas de escaso mérito exigen la constancia en virtud, rindiéndole al amor un culto supersticioso, por estar interesadas en conservar un corazon que saben no han ganado mas que por la casualidad ó el capricho.

El primero que comparó la coqueta al conquistador estuvo muy acertado: ambos destruyen, aniquilan, devastan y siembran por do quier el llanto, la desesperación y el luto.

La coqueta hace su veloz carrera de una manera infame; sus trofeos representan un corazón diseado, una ilusión marchita ó una esperanza muerta.

Para llegar al pináculo de su ambición, no se detiene ante las súplicas, los lamentos y los dolores más acerbos: vive de la mentira, la astucia y la perfidia; todo lo mezquino y bajo le es familiar.

La coqueta consagra una parte de su existencia al espejo, otra á no hacer nada, la mayor á practicar lo contrario de lo que debiera hacer.

Su paso por el mundo es peligroso, la ocupación constante de su vida es templar las flechas de su aljaba, las saetas de su carcaj, y dispararlas contra el primero que se le presenta.

En su corazón se anidan las más repugnantes miserias; dice Bancelot: «Un áspid haría la mordedura más venenosa si templara su dardo en el corazón de una coqueta.»

La coqueta tiene muchos amantes, á los cuales engaña sin interesarse por ninguno; su corazón está yerto, helado cual un cadáver.

La coqueta distribuye sonrisas, flores y cabellos con la mayor prodigalidad, diciendo que su dádiva vale mucho por concederla difícilmente: mas esta situación se sostiene hasta que llega un día en que se descubre su extrategia, gracias á algun pedante (están en mayoría) que ha querido darse importancia con el rizado bucle de su Filix. Del rizo se presenta toda una edición aumentada ó disminuida, y esto promueve un lance, del cual salen todos coaligados para dirigirle una epístola en términos semejantes á estos: «Sus cabellos han causado su deshonra, como la cabellera de Absalón causó su muerte; el mechón de sus cabellos ha descubierto á V. como la calva descubrió á César; hemos conocido por el rizo su traición, como conoció al trionfiro, por la falta de su cabello, un esclavo escapado de Roma.

Nos aflige se haya Vd. desprendido de sus cabellos, porque si cual Sanson tenía Vd. la fuerza en ellos, la pérdida es tristísima. Piense Vd. en Margarita de Borgoña, que fue ahorcada con una trenza de pelo, y reflexione las fatales consecuencias que la distribución de él puede originarlo.

No entregue Vd. á nadie cabellos si no es á Ortelles para que le haga artísticos brazaletes, ó á Villalon para que le peine una peluca que no se parezca á la que le estamos dando.

Suponemos erizada su cabellera cual la de Medusa ó la de las Euménides; pero resignese y admita los bucles que le devolvemos húmedos por las lágrimas que nos arranca su ingratitud, de la cual procurarán curarse en casa de Prast ó Lardhy los que suscriben, etc.

Hemos retratado á la coqueta vulgar, pasemos á ocuparnos de la coqueta distinguida. El coquetismo tiene muchas ramificaciones: hay coquetismo tan delicado, tan ingenioso, que apenas se percibe, á pesar de ser el refinamiento del más estudiado coquetismo.

La coqueta poco común, ofrece un mundo de placeres seductores en una mirada, y niega con una sílaba cuanto han prometido sus ojos: no concede nada y lo hace esperar todo, rechaza á sus adoradores con palabras duras y miradas tiernas, y en tan desigual combate hace uso constantemente de los ojos, sin necesitar acudir á su arsenal en busca de otras armas.

Nadie le conoce un amante, mas sí una gran corte de adoradores, entre los que pasa por inflexible y difícil: es la gran actriz de salón, lleva su tocador en la inteligencia, y sus frases son como la túnica de Neso, brillantes y envenenadas, ó cual la lanza de Aquiles, causan honda herida y vierten un bálsamo delicioso: jamás aparece cual es; se muestra ora animada, ora patética, ya risueña, ya sentimental, adaptándose á las situaciones del papel que representa.

Hay otro tipo de coqueta no muy común: es la que por halagar á todos abdica de sus aspiraciones, ideas, aprobando siempre las de éstos, y con mayor entusiasmo las del último que le habla.

Si Alfreddito ensalza los goces campestres, ella pinta con bellos colores los goces de la poética soledad, envidiando la tranquila existencia de los moradores de la antigua Arcadia; sueña con un valle suizo, con una amena floresta y con un bosque de aves canoras.

Si Ricardo elogia los placeres sociales, ella encarece los encantos del *beau monde*; se muestra iniciada en la crónica del movimiento social y hace apologías de los aristócratas que mas figuran.

Si Everardo es romántico, ella anhela vivir en un ruinoso castillo feudal, contemplando el pálido astro nocturno que, cual lámpara de plata, esparce fantástico resplandor entre los medrosos torreones.

Existe tambien la coqueta que dicta leyes y que hace sentir su influencia en la época en que vive; pone en moda al poeta que canta sus hechizos, al pintor que más la embellece, al médico que le dice no alteran los dolores físicos su espléndida belleza, al peluquero que aumenta sus cabellos y á la modista que le hace el talle ceñido y esbelto.

Son tan variados los tipos pertenecientes á la especie, que sería preciso escribir un infolio para bosquejarlos todos: por no molestar la atención de nuestros apreciables lectores, nos concretaremos á presentar en boceto los que están más en relieve.

Conocemos la coqueta semi-beata, á la cual asusta el nombre de amante, y muchísimo más al verse sin ninguno de los que llevan ese nombre; y así es que no los acepta, pero no los quiere lejos de sí y para retenerlos les dá el dulce nombre de hermanos, suavizando de este modo sus negativas y encantándoles con un sentimiento que no comprenden y que les atrae por original y misterioso.

Esta mujer, cuando es abandonada del mundo, se hace devota por encontrar todavía amor; pero desgraciadamente para ella, su devoción es un crimen, porque ofrece á Dios lo que no quieren los hombres.

Pulula por todas partes la coqueta que disculpa su conducta, lamentándose de la inconstancia del hombre, y suele exclamar: «Ha llegado el hombre

al estado de no poder amar á un mismo sér más que breve tiempo; de modo que la mujer que quiera conservar el amor de su amado, debe poseer el secreto de no mostrarse siempre la misma y con dolor tiene que dar preferencia al arte sobre la naturaleza. ¡Luego el hombre se queja de la ficción de la mujer!»

Estas lamentaciones son completamente hipócritas. ¿Quereis saber la opinion de Mad. Bradi respecto á la coqueta?

Supongo que sí: Mad. de Bradi dice: «Una coqueta me parece un saltimbanquis, el que redobla el tambor y toca el clarin, y vuelve á redoblar y á tocar para que la gente acuda. Lo mismo que él, la coqueta ostenta todo lo que le es posible ostentar, los atractivos de su persona, los adornos, y despues las agudezas del espíritu. En ella se ven las mil rotaciones de sus miradas, la languidez o viveza de los ademanes; luego pasa á los pliegues del vestido y á las ondulaciones de los volantes; éste es el ejercicio de los ojos: viene despues el de los años, que suele ser corto, porque estas señoras repiten lo mismo respectivamente al género sentimental ó apasionado. Mas luego vuelve á redoblar el tambor y á sonar el clarin, porque es preciso aumentar y renovar los espectadores.

A pesar de todo, el clarin y el tambor podrán atraer á la multitud; pero no lograrán retenerla.

La coqueta no puede devolver lo qué le dan: exhausta de vida en el corazon, necesita como el vampiro de la fábula chupar poco á poco la vida de los demas para sostenerse, y no abandona á los que se han rendido hasta convertirlos en cadáveres cual ella.

Una mujer casada que conserva el coquetismo de su primera edad, aunque no le falte á su marido, es adúltera de corazon.

¡Qué importa no se manche el cuerpo, si el alma se mancha!

Hay muchas mujeres que careciendo de sensibilidad anhelan ser amadas; lo que les falta de ternura les sobra de vanidad, y quieren inspirar amor, porque inspirarlo es para ellas un gran trofeo, un gran éxito, del cual hacen ostentoso alarde. Estas mujeres quieren despertar entusiasmo, porque el entusiasmo es el incienso del corazon, y por nada cambian una nube de incienso.

¡Coquetas, amad para dejar de serlo! ¡Amad para que no digan los hombres que vuestro corazon es un cero á la izquierda!

La juventud de la coqueta es criminal; su vejez, ridícula y odiosa.

Amad, coquetas: un verdadero amor borra veinte años de coquetismo.

CONCEPCION GIMENO.

POESÍA.

Á LOS PIÉS DE USTED.

Señora, ¡tiene usted un pié!...

No sé qué pasó por mí,

Cuando absorbo le miré;

Pero desde que le ví
Estoy á los piés de usted.

¿Cómo no estarlo, señora,
Si el pié de usted me enamora,
Me enloquece y me fascina?...
Le juro á usted que hasta ahora
No ví cosa mas divina.

Quisiera ser el vestido
Que cubre ese pié pulido,
Su perfeccion ocultando,
Para estarlo contemplando
Todo el dia, entretenido.

Vol verme quisiera el suelo
Que pisa usted suavemente,
Por realizar el anhelo
De remontarme hasta el cielo
En las alas de mi mente.

Y dejando al pensamiento
Delirar á sus antojos,
Libre y veloz cual el viento,
Soñar una vez y ciento
Ver calmados mis enojos.

Y ver mi ardiente ilusion
Convertida en realidad,
Y dejar al corazon
Saborear con fruicion,
Tan dulce felicidad.

Y aturdirme... y embriagarme...
Y... ¡no sé qué más, señora!
Dígnese usted perdonarme,
Pues tal su pié me enamora,
Que ha llegado á trastornarme.

En fin, pues su pié miré,
Y soñé y me conmoví,
Segunda vez la diré,
Que desde que el pié la ví
Estoy á los piés de usted.

F. DE ORMAECHEA.

AMOR Y OLVIDO.

Adios, mi bien, y no llores
si así me miras partir:
merced á nuevos amores,
se calmarán tus dolores
y dejarás de sufrir.

Que en la vida
á todo aquel que ya es ido
se le olvida;
y el corazon que ha sufrido
los martirios del amor,
presto olvida: ¡qué rigor!
¡quien dijo amor, dijo olvido!

Sé que en diciéndose adios
dos seres—bien lo recuerdo,—
si no se olvidan los dos,
lo que es uno... ¡vive Dios!
si te he visto, no me acuerdo!
Que en la vida

TIPOGRAFÍA DE ÀNGEL CUADRADO,
Plaza Mayor, 20.

ANUNCIOS.

PLUMA MILAGROSA

F & M

ESCRIBIENDO SIN TINTA.

PRIVILEGIOS DE INVENCION EN FRANCIA Y EN EL EXTRANJERO.

Toda falsificacion será rigurosamente perseguida. Segun la ley, todo tenedor de objetos falsificados incurre en las mismas penas que el falsificador.

Las ventajas de la *Pluma milagrosa* son múltiples.

Puédese escribir con ella siempre, á condicion de tener á mano algunas gotas de agua.

Ni se oxida, ni se engrasa jamás.

Ni debe ni tiene jamás necesidad de ser enjugada ni limpiada.

Siempre permanece limpia como si fuera nueva sin exigir ningun cuidado.

Se adapta á todos los porta-plumas.

La tinta que ella genera instantáneamente es siempre limpia, se seca con rapidez, y permanece fija é inalterable sobre el papel, es inofensiva y no quema la ropa.

El producto químico, desconocido hasta el día, que se encuentra en ella permanentemente, está concentrado en un grado tal, que cada pluma, en el uso ordinario, puede servir algunos meses, al menos.

Las plumas milagrosas están confeccionadas bajo diversos colores, tales como: *Violeta oscuro, encarnado, azul oscuro, negro, etc.*; y para escribir con estos diversos colores, bastará el tener sobre el bafete un vasito solo con agua.

Serán pues utilísimas en todas las oficinas para las anotaciones, rubricas, correspondencias, planos, dibujos, etc., y adaptándolas á portaplumas-estuches, serán de un valor incontestable y aun indispensables para los viajeros.

SE VENDEN EN ESTA LIBRERÍA.

TALIS VITA. FINIS ITA.

NOVELA ORIGINAL

DE D. DIONISIO J. DELICADO Y RENDON.

El mayor y más completo elogio que de esta interesante obra podemos hacer, es decir que sin embargo de haberse publicado recientemente y en una poblacion que se halla muy lejos de los grandes focos de vida literaria, ha merecido ya el honor de ser traducida y publicada en el extranjero.

Véndese en esta librería al precio de 2 pesetas ejemplar.

Mercado de Ciudad-Rodrigo, 3 de Diciembre.

Trigo candeal, de 43 á 45 rs. fanega.—Idem bartilla, de 40 á 42 id.—Centeno, de 29 á 31 id.—Cebada, de 28 á 30 id.—Algarrobas, de 22 á 24 id.—Garbanzos, de 60 á 90 id.—Patatas, de 3 á 4 rs.

arroba.—Aceite, de 74 á 76 rs. cántaro.—Harinas, de 1.ª á 18 rs. arroba.—De 2.ª á 17 id.—De 3.ª á 16 id.—De 4.ª á 10 id.—Menudillo á 7 id.

ALMANAQUES AMERICANOS

PARA 1879.

Acaba de recibirse en esta librería un magnífico surtido de almanques de pared, que contienen al dorso de cada hoja charadas, epigramas, anécdotas, acertijos, etc., etc. Tambien se hallan á la venta ejemplares de los acreditados almanques «de la Alegría,» «de los Chistes,» «del tío Carcoma» y de las novelas «La Hija mártir,» «El rey de los ladrones,» «Aventuras de tres mujeres,» «El rigor de las desdichas,» «Los pordioseros de frac» publicadas recientemente por la casa editorial de D. Jesus Graciá.

RAFAEL HUEBRA,

S. PABLO, 2 Y 5

SALAMANCA.

ESTUFAS,

CALORÍFERS Y CHIMENAS,

DESDE 90 RS.

COMISIONISTA EN ESTA

CASIMIRO MUÑOZ, PLAZA MAYOR, 12.

ARTE DE COCINA.

Magnífico y escelente tratado culinario escrito por D. Juan de Mata, cocinero en jefe y propietario del Gran Hotel de Malta en Lisboa, precedido de un prólogo de D. Alberto Pimentel y traducido al español por D. José Araujo. Forma un tomo de más de cuatrocientas páginas ilustradas con grabados intercalados en el texto. Se vende en esta librería al precio de doce reales cada ejemplar.

VARIEDAD EN TARJETAS AL MINUTO.

EN ESTE ESTABLECIMIENTO SE HACEN
á 10 rs. el ciento.

falte el bautismo!—Te esperaba, Juan de Pantoja,—me dijo apenas entré en la habitación.

—Y yo celebro encontrarte Aben-Muza,—le contesté.

—Yo tengo soldados muy fieles,—continuó,—y uno de mis alfaraces, (1) me avisó anoche, que desde los adarves había visto á un hombre rondar esta torre, recatándose de los vijías del muro. Yo, Juan de Pantoja, te quiero bien, porque eres un valiente, y temí una asechanza contra tu vida. Por otra parte, era también grande mi cuidado. Estás bajo la salvaguardia del honor del poderoso por Dios, sosten del Islam, el vencedor y magnífico sultan de los creyentes Abu-Abdala-Mohamed-ben-Jusef-ben-Nasar-el-Ansari-el-Ahmar, (2) y tienes en su corte el carácter de embajador del venturoso rey á quien Dios prospere, Ferdeland-ben-Adfum. (3)

Tenia pues el deber de velar por tu vida.

Hice salir algunos soldados para detener al rondador de esta torre, y cuando silenciosamente nos aproximábamos, pudimos ver que estabas asomado á ese ajimez, y que el que rondaba, armando un arco, disparó una jara contra tí. Esta acción me afirmó más en la sospecha, de que aquel hombre era un espía de algún enemigo del reino de Granada, que haciéndote matar por un secreto emisario, conseguiría manchar la alta fama del ensalzado de Dios, el invencible emir Al-Ahmar, complicando al reino en las consecuencias del asesinato del enviado de un rey amigo.

Hice pues prender á aquel hombre, y lo conduje á un lugar seguro.

Lo interrogué, y pude conseguir que me dijese, que era soldado del wali del *Alcalá de Guadaira* Josuf-ben-Hisem, y que

(1) Alferez

(2) Este es el nombre del rey de Granada llamado Alhamar en nuestras crónicas, ó lo que es lo mismo: Abu-Abdala-Mohamed, hijo de Jusef, hijo de Nasar, el descendiente de los auxiliares en la fuga del Profeta (Mahoma) y el Rojo.

(3) Fernando, hijo de Alfonso.

traía para tí, un mensaje de la alegría del cielo, rocío de la aurora, la magnífica y poderosa sultana Saidá Naziha-ben-Josuf. (1) Añadió, que se había ocultado de los guardias porque siendo de los Almohades, temió el odio de los soldados granadinos, y por último que la virá que disparó, no tenía hierro, y que con ella te había enviado un pergamino de su señora.

Yo, Juan de Pantoja, soy casi anciano, he visto mucho, y aunque la declaración del almogavar sevillano tenía el acento de la verdad, lo dejé bien custodiado, y vengo á tí para saber si es exacto lo que me ha dicho; porque de lo contrario, si ese hombre es un miserable espía de los Almohades, lo hago descabezar.

Yo entonces, señor Rodrigo Alvarez, conté á Aben-Muza lo que me había sucedido, y confiando á su honor de caballero muzlime el secreto de mis amores con Naziha, le rogué que me leyese los pergaminos.

El wali de la caballería del rey Nasar, miró aquellos escritos y luego me dijo:

—Uno es de Saidá: el otro del soldado que lo trae. Escucha.

Y Aben-Muza me leyó el contenido del mensaje, en el cual, Naziha me rogaba que sin pérdida de tiempo me aproximase cuanto pudiera al castillo de su padre, porque pronto necesitaba de mi ayuda.

El otro pergamino era del soldado y me decía, que le arrojara por el ajimez la contestación, y que él esperaría al pié del muro á la noche siguiente. Que cuando sonasen en los adarves los gritos de los centinelas anunciando mediar el dominio de las sombras, me advertiría que estaba al pié de la torre, imitando por tres veces el canto del buho.

Aben-Muza terminó de leer, y su noble semblante se contrajo.

—Si nó fuera por tu amistad, Juan de Pantoja,—me dijo,—haría cortar la cabeza á ese soldado. Estos infames almohades son unos traidores. Mira qué bien prepara las cosas. Su se-

(1) O lo que es lo mismo: Mi señora la cándida hija de Josuf.

ñor, debe ser tan miserable como él.

Me disgustó oír hablar en estos términos á Muza, y éste que lo notó, añadió enseguida.

—Pero el cariño que te tengo lo salva, y no tendrá necesidad de esperar la media noche, para recibir tu contestacion. Yo se la llevaré á su encierro, y lo haré salir de Granada: mas si crees en mi fé de caballero, abandona, Juan de Pantoja, esta empresa.

—¿Porqué, Aben-Muza?—le dije.

—Porqué ese hombre en su escrito te ofrecia cantar como el buho, al pié de esta torre, y el buho, anuncia siempre una desgracia cierta.

Yo manifesté á Muza lo imposible que era retroceder, y entonces este noble amigo se prestó á escribir por mí á Naziha, diciéndole que corria hácia el castillo de su padre.

Aquel día, el mensajero de la mujer á quien adoro, salia de Granada, llevando á su señora mi contestacion, y provisto de una repleta bolsa de mictales de oro que debió á la generosidad de Aben-Muza.

Al siguiente día, abandonaba yo la corte de Al-Ahmar.

Aben-Muza con algunos ginetes me acompañó hasta cerca de Jaen, y me repitió el ofrecimiento de su rey, de asistir en persona con quinientos caballeros, á la conquista de Sevilla.

Lo demás todo lo sabeis. Apenas entregados los presentes y cartas que traia del monarca infiel para el señor rey, recojí mi mesnada, y tomé el camino del castillo de Hisem, teniendo la fortuna de que me acompañáseis.

Vos, que desde un principio sabeis la pasion que siento por esa mujer, podeis juzgar de mi situacion, conociendo el escrito que recibí en la corte del rey Nasar, y agregándole los conceptos del que hace un corto rato ha llegado á nuestras manos. Sé que me vais á decir, lo que en cien ocasiones. Que es una locura abrigar este amor, y que temeis que esa mujer, ponga en riesgo mi vida: pero yo os juro sobre la cruz de mi espada, por las armas de mi linaje y como cristiano viejo que soy, que sin el amor de Naziha no quiero la existencia.

desde el pacto de Jaen, nos enviase un cuerpo de caballeros para que nos ayudase en el cerco de Sevilla, y esperaba la contestacion del granadino, hospedado en su mismo palacio, donde se me hicieron grandes honras.

Una noche que descansaba en la cámara que se me habia destinado, y que por más que hacia, no podía rendirme al sueño, pensando en Naziha, cuyo recuerdo avivaba mi permanencia entre los infieles, dejé desesperado el lecho, y abrí la calada celosía de un ajimez, ansioso de respirar el aire puro de la noche. Apenas me habia asomado, cuando tras un leve chasquido que sonó al pié del torreón, pasó rápido junto á mi cabeza un objeto, que penetrando por el ajimez, chocó con el alicatado muro de la cámara, cayendo de rebote al suelo. Era una vira que no tenia hierro, y que traia enrollados dos pergaminos, sujetos por un cordón de seda.

Figuráos mi impaciencia, señor Rodrigo Alvarez, por conocer el contenido de aquellos pergaminos llenos de escritura morisca, y que yo no podia descifrar, porque ya sabeis que no entiendo de letras.

Pasé la noche sin dormir y apenas apuntaba el día, salí del palacio resuelto á que alguien me leyera aquellos escritos.

Muchas escuelas y bibliotecas tiene establecidas en Granada el rey Al-Ahmar, y cosa fácil me era esperar la hora en que estuviesen abiertas y hacer que en cualquiera de estos establecimientos, me dijese el contenido de los pergaminos. Pero la manera misteriosa conque habian llegado hasta mí, me daba claramente á entender que algun secreto se contenia en ellos, y mi honor no me permitia hacer á un desconocido participe de lo que con tanta cautela se me confiaba.

Largo rato vagué por las calles de Granada sin objeto fijo, y tomé al fin la vuelta de la Alcazaba.

Al entrar en mi cámara, me sorprendió encontrar en ella un caballero. Era Aben-Muza, el antiguo wali de Jaen, y el jefe ahora de la caballeria del rey de Granada.

Aben-Muza, es, señor Rodrigo Alvarez, un caballero muy principal, y un valiente guerrero. ¡Lástima grande es, que le